

SANTIAGO Y LOS CAMINOS DE SU IMAGINERÍA

Serafín Moralejo

El apóstol Santiago el Mayor constituye un caso singular en la iconografía medieval por la proteica plasticidad de su figura. Como a sus compañeros de misión, le estaba destinada una imagen alusiva al martirio con el que selló su vida y así se le encuentra en algunas representaciones del colegio apostólico, esgrimiendo la espada con la que fue degollado. Pero antes incluso de que llegara a fijarse esta fórmula de pretensión normalizadora, apuntaban ya los tan diversos perfiles que su pujante culto suscitó, a imagen y semejanza de sus fieles. Pobres peregrinos y caballeros poderosos imaginaron a Santiago como a uno de entre ellos. Si la imagen de la mayoría de los santos se ofrece como condensación de lo que fue su vida en este mundo, la de Santiago refleja, sobre todo, la que sería su vida futura, como protector de sus peregrinos en los caminos y providencial refuerzo de la milicia en las batallas. Quiso la leyenda que los restos de Santiago tuviesen mejor acogida en España que la que se le dispensó a su persona, y de ello da cuenta la fecundidad iconográfica de su vida ultraterrena, en menoscabo incluso del protagonismo que en los Evangelios se le reconocía. En su historia figurada, sus *apariciones* acabaron por imponerse a sus *presencias*.

La primera peregrinación de Santiago

En efecto, aunque la noticia de la predicación de Santiago en España antecede en casi tres siglos a las tradiciones relativas a la traslación e invención de su cuerpo, su desarrollo legendario e iconográfico fue tan escaso como tardío y más en comparación con el que estas últimas alcanzaron. El viaje del cuerpo del Apóstol en una barca sin gobernarle, desde Palestina hasta Galicia, fue realmente proféti-

co de la vocación peregrinante de su culto e imagen. Queriendo justificar el título de *peregrino* como específico y privativo de quienes iban a Compostela, invocaba Dante el hecho de que «la sepultura de Santiago estaba más lejos de su patria que la de ningún otro apóstol». Ninguno, pues, más *peregrino* —más extranjero— entre los apóstoles que Santiago en su tierra de misión y sepultura, como lo serían los fieles que allí acudieran. Pero frente a la inmensa fortuna literaria y figurativa de este segundo y definitivo viaje de Santiago a España, poco sabemos de las circunstancias en las que se produjo el primero; tan poco que sus escasos testimonios iconográficos han pasado prácticamente desapercibidos —o no han sido entendidos en todas sus implicaciones— en la correspondiente bibliografía.

Tal es el caso de la escena con la que se inicia el espléndido ciclo de la Vida y Milagros de Santiago en un retablo del Museo de Indianápolis, atribuido a la escuela de Dirk Bouts. El Apóstol aparece allí en hábitos de peregrino, sentado en un pequeño islote y en actitud de dormir, con la cabeza apoyada sobre su mano derecha y un libro sobre su regazo. Cristo se dirige a él bendiciéndole, en gesto que se ha interpretado, acertadamente, como de despedida tras confiarle su misión en España.

Una miniatura del *Libro de Horas* de Francisco de Guisa (Musée Condé, Chantilly), ofrece otra versión de este extraño episodio, con algunas precisiones que facilitan su mejor comprensión. Cristo entrega allí a Santiago el bordón —lo que equivale a su investidura apostólica—, al tiempo que lo bendice y avanza su pie izquierdo sobre el islote, como si fuera a pasar a él o, quizá, como si lo impulsara. Esta segunda hipótesis se hace evidencia al considerar el que hubo de ser el modelo directo seguido por el iluminador: el sello de la abadía de Saint-Jacques de Provins, de mediados del siglo XIII. El islote sobre el que se sienta Santiago se reduce a un

simple peñasco al que las olas parecen arrastrar, y el movimiento del pie de Cristo es claramente de impulso. Santiago viste allí la intemporal indumentaria de apóstol y despliega una cartela en la que parece leerse «S. IACOBUS». Tres veneras sobre el fondo liso completan la composición.

Guisa, en el departamento de Aisne, no dista mucho de Provins (Seine-et-Marne) y ambas estaban bien comunicadas por rutas de peregrinación y de comercio con Flandes, donde este raro episodio de la vida de Santiago se documenta aún a fines del siglo XVI. Saint-Jacques de Provins mantuvo además estrechas relaciones con la Colegiata de Roncesvalles, pero difícilmente se podría atribuir la representación que su sello ostenta al reflujó de la peregrinación a Compostela. Y es que dicha escena refleja, con sorprendente y osada exactitud, una leyenda explícitamente desacreditada como apócrifa desde un siglo antes en el sermón *Veneranda dies del Liber Sancti Jacobi*:

«Otros dicen que él mismo [Santiago], sentado sobre un pedrusco, vino desde Jerusalén a Galicia por en medio de las olas del mar, cumpliendo el mandato del Señor, sin barca alguna, y que un pedazo de este peñasco quedó en Jafa. Otros dicen que el mismo pedrusco lo trajeron en la nave con el cuerpo muerto. Pero yo he comprobado que una y otra fábula son embusteras. Pues yo he visto por mis propios ojos que se trataba de un peñasco originario de Galicia.»

Tras esta precoz aplicación del análisis geológico a la autentificación de prodigios, prosigue el referido sermón:

«No obstante, hay dos motivos de que debidamente haya de venerarse el antedicho peñasco: uno, porque es tradición de que en el tiempo de la traslación, al desembarcar los discípulos en el puerto de Iria el cuerpo del Apóstol, lo colocaron sobre él. Otro motivo, que sin duda es mayor, porque en él se celebró devotamente el sacrificio de la Eucaristía.»

La clave —que no la fuente— de las imágenes anteriormente comentadas se encuentra indudablemente en este texto que, a la vez, las refuta. El peñasco que las olas arrastran en la versión más antigua (Provins) pasó a convertirse en un islote a la deriva en las más pintorescas versiones del manuscrito de Chantilly y del retablo de Indianápolis. En la miniatura se diría incluso que se quiso sugerir el

desgaje del islote-peñasco de la costa palestina, dándole contornos que encajarían con los de la vecina ribera. Nada dice, en cambio, el sermón citado de la ayuda prestada por Cristo en tal trance, pero ésta encontraría justificación, involuntaria, en la pedestre interpretación de otro pasaje del *Liber Sancti Jacobi*. En la versión amplia de la traslación del Apóstol, se lee, en efecto:

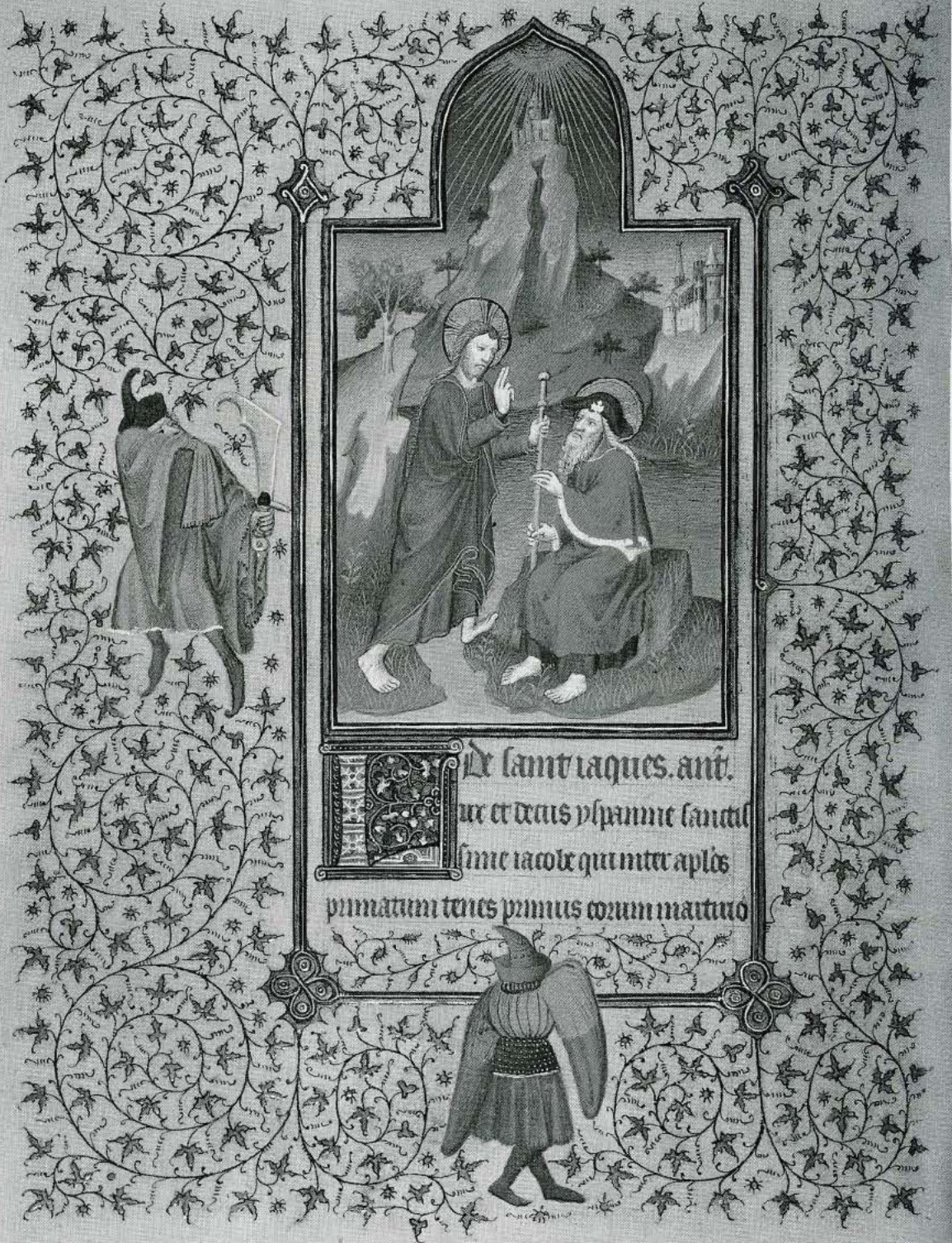
«Él [Santiago], pues, mientras los otros iban a diversas regiones del mundo, *llevado a las costas de España por voluntad de Dios*, predicando enseñó la divina palabra a las gentes que allí vivían y la tenían por patria.»

El término latino que aquí se traduce por «llevado» es «appulsus», que, literalmente, significa «empujado». El verbo *appello*, del que procede, se usaba también con el sentido de «atracar» o «arribar» cuando de naves o de costas se trataba. Tal sucede en nuestro caso, por lo que muy probablemente de tal término vino el impulso que hizo arribar a Santiago a nuestras costas. En cuanto al peñasco, se trata, obviamente, del «petronum» que dio nombre a Padrón, del ara romana que todavía allí se conserva. William Wey, *Fellow* de Eton y peregrino a Santiago en 1456, lo describe «quasi sedes», como a modo de silla, lo que encaja tanto con el uso que le da la apócrifa leyenda comentada como con lo que el *Veneranda dies* admite de ella.

Más sorprendente es aún que la primitiva leyenda del «pedrón» y de la venida del Apóstol a España en carne mortal sobreviviera en un romance recogido en las Islas Feroë y recientemente traducido por V. Almazán. Falto de barco en el que dirigirse a España, Santiago se sube, por consejo de Cristo, a una piedra que hasta allí lo conduce flotando sobre las olas. El relato concluye con la conversión de un rey llamado García y de su gente, tras haberle devuelto Santiago a su hijo desaparecido.

Santiago en Compostela

Este largo viaje que nos trajo a Santiago desde Jafa hasta Padrón, pasando por Champaña, Flandes y las Islas Feroë, es ilustración ejemplar de la vasta y compleja red de relaciones que el culto y la peregrinación a Santiago promovieron. Es posible que este itinerario incluyera todavía otra estación en Chartres, donde en una vidriera desaparecida, donada por Fernando III el Santo de Castilla, se representaba a Cristo entregando el bordón a Santiago. Este tema, presente en el sello de Provins y en el



Chantilly, Musée Condé.
 Cristo manda a Santiago
 a predicar a España.
 Miniatura del *Libro de
 boras* de Francisco de
 Guisa, segunda mitad del
 siglo xv.

Libro de Horas de Francisco de Guisa, sí fue grato, como veremos luego, a la Iglesia compostelana.

Para representar la misión de Santiago, el arte hispano prefirió en principio el recurso más conceptual de la cartografía. El pasaje de los *Comentarios al Apocalipsis* de Beato de Liébana relativo a las *sortes apostolorum* —o tierras de misión atribuidas a los apóstoles— hubo de ser decisivo para la difusión de la noticia de la predicación de Santiago en España y más a través de su edición primera, cuya ilustración presentaba a cada apóstol, significado por su cabeza, en la región del orbe que le correspondió evangelizar. El soberbio ejemplar del *Comentario* que se conserva en la Catedral de Burgo de Osma, fechado en 1086, va mucho más allá de la idea original que inspiró este tipo de mapas, haciéndose eco de la floreciente realidad que eran por entonces las peregrinaciones. Las escuetas cabezas de apóstoles que presentan los mapas de otros manuscritos, se convierten en una suerte de bustos relicarios, y a san Pedro y a Santiago el Mayor se los enmarca en sus respectivos santuarios, con franca ventaja para el segundo. Su iglesia excede en tamaño a la del primero de los pontífices y se acompaña de motivos que revelan tanto familiaridad como simpatía por realidades y fabulaciones galaicas: el faro romano de La Coruña —la llamada Torre de Hércules—; una apócrifa isla —«Solitio magna»— que sólo se documenta en un texto gallego coetáneo y en relación con el mencionado faro; y el pez más pingüe de cuantos pueblan el orbe oceánico, enfrente mismo del santuario jacobeo. Este alcanza, por cierto, con su mole hasta el borde mismo del océano, como si literalmente se siguiera la indicación que sobre el destino de las reliquias de Santiago nos ofrecen los martirologios carolingios: «contra mare Britannicum.»

Aunque escrito e iluminado en Sahagún, según B. Shailor y J. Williams han demostrado, el *Beato* de Osma revela, en su declarada militancia jacobea, una inspiración compostelana. Quizá tuviera por modelo un manuscrito compuesto en Santiago durante el reivindicativo pontificado del obispo Cresconio (1037-1067), cuando la Iglesia de Roma llegó a temer que la de Compostela se adjudicase la primacía sobre las iglesias occidentales «estribando en su gran Apóstol», según señala la crónica del arzobispo Diego Gelmírez.

De la época de este prelado (1100-1140) datan las más antiguas representaciones de Santiago en su santuario compostelano. La que se encuentra en la fachada de las Platerías, flanqueada por dos árboles que la guía del *Liber Sancti Jacobi* identifica como

cipreses, formó parte de una Transfiguración, quizá pensada en principio para la portada occidental. Su tipo iconográfico parece haberse formulado en la Puerta de Miègeville de Saint-Sernin de Toulouse, en la que algunos autores prefieren reconocer a Santiago Alfeo. De hecho, una tosca versión de la misma figura, procedente de la sala capitular de Saint-Etienne en la misma ciudad, incluye, como atributo, una cruz patriarcal que la caracterizaría como efigie del primer obispo de Jerusalén.

La confusión de los dos Santiagos —o de los tres, si distinguimos entre el hijo de Alfeo y Santiago el Justo— es muy antigua y en Compostela arraigó, como era de esperar, en beneficio del Mayor. La vieja glosa del nombre de Jacob, «Jacobus supplantator», reiterada en el *Liber Sancti Jacobi*, se aplica a nuestro Apóstol con más propiedad de lo que sus redactores estarían dispuestos a reconocer. Así, al igual que Jacob suplantó a su hermano Esaú en la primogenitura y linaje mesiánico, Santiago el Mayor se presenta en dicho texto suplantando sistemáticamente al Menor como «hermano del Señor», como autor de la Epístola a las doce tribus de la diáspora y en su calidad de *episcopus* por excelencia entre los apóstoles.

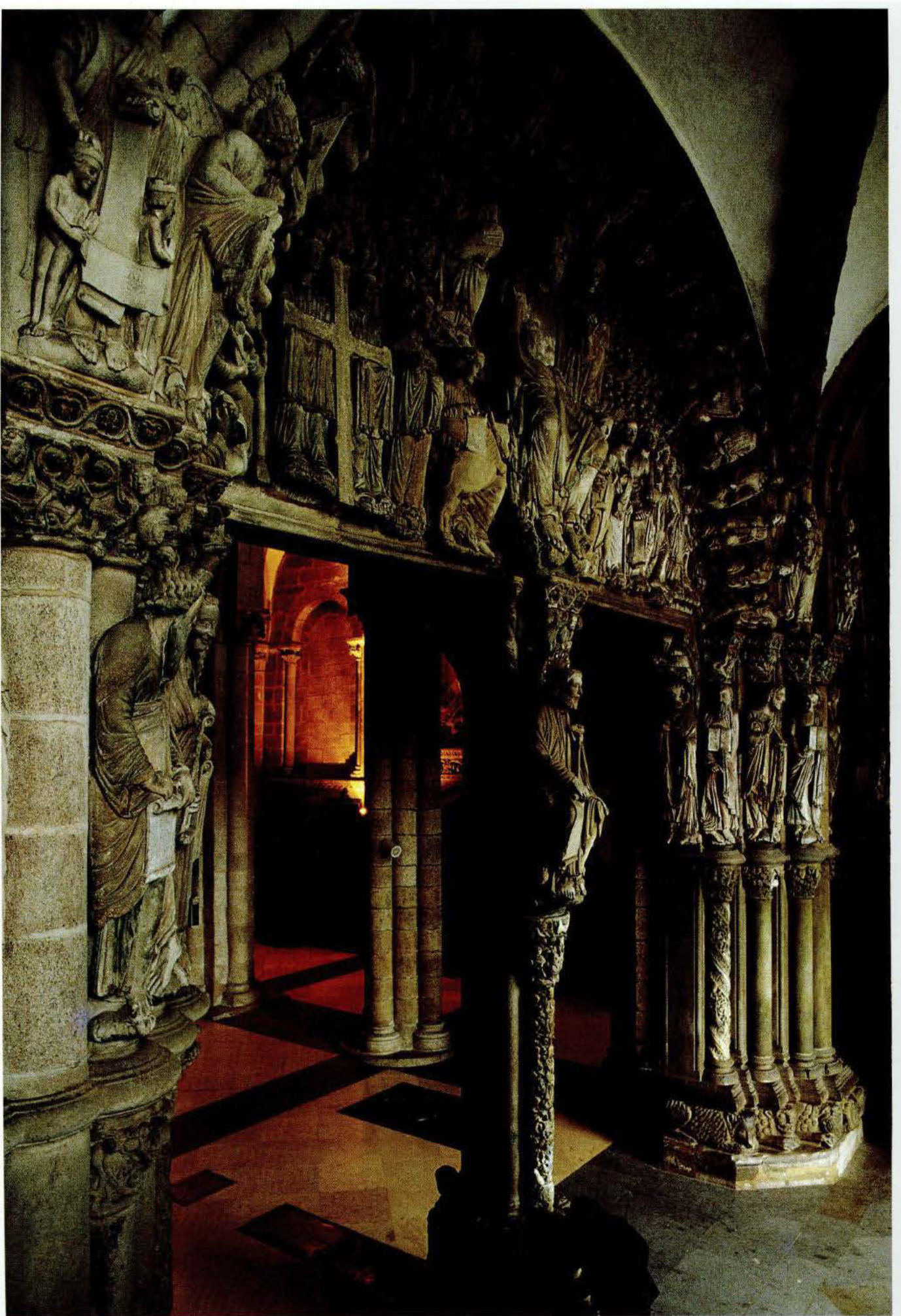
En la cubierta del *ciborium* del altar mayor de la basílica compostelana, se concedió a Santiago el honor de presidir el colegio apostólico. Según la guía del *Liber Sancti Jacobi*, su figura se presentaba sentada, con un libro en la mano izquierda y bendiciendo con la diestra. Si no fuera por la ausencia de nimbo crucífero, su imagen se tendría por la del propio Cristo. A la misma fórmula se ajusta su figura en la inicial que encabeza el ejemplar compostelano del *Liber Sancti Jacobi*, clara evocación del «frater Domini». Su rara belleza se hace eco del retrato literario que del Apóstol traza el mismo texto:

«Porque era de hermosísima figura, de aspecto distinguido, alto de estatura, casto de cuerpo, devoto de espíritu, de apariencia amable...»

Tales palabras contrastan con la semblanza que del mismo Santiago se nos ofrece en otro pasaje del *Liber*.

«Pues éste ya fue santificado en el vientre de su madre, no bebió vino ni sidra, el hierro [la tijera] jamás se aproximó a su cabeza, no se ungió con aceite, ni usó del baño. Por estas razones creemos que el Señor antepuso a san Pedro a Santiago y a su hermano Juan.»

Catedral de Santiago.
Vista de conjunto del
Pórtico de la Gloria del
Maestro Mateo, obra
maestra de la
arquitectura y la
escultura románicas,
fechada en 1188 en el
arquitrabe.





Esta ruda estampa de *nazir* o nazareno corresponde en rigor a Santiago el Justo o al Menor, al obispo de Jerusalén, en todo caso. Aplicada a nuestro Santiago, le vale a éste el título de «episcopus apostolorum» («Obispo de los apóstoles»), que tuvo su consagración iconográfica en un relieve del claustro de la Abadía de Moissac. Santiago el Mayor es allí el único apóstol que viste indumentaria litúrgica y su poblada barba y larga cabellera parecen más propias de un Sansón, que fue también *nazir* como Santiago el Justo.

No extrañará la presencia de tan honorífica imagen de Santiago en una destacada estación de sus rutas de peregrinación y vinculada además a Cluny. Un cluniacense, Dalmacio, fue obispo de Compostela por los años en que se construía o concebía el claustro de Moissac y su sucesor, el arzobispo Gelmírez, fue allí acogido con honores procesionales cuando se dirigía a Roma a solicitar el privilegio del palio. Por otra parte, Compostela no parece haber ignorado esta imagen prelacial de su patrono. En la serie de apóstoles que decoran los fustes marmóreos de la portada de las Platerías, sólo dos visten indumentos litúrgicos y uno de ellos será sin duda Santiago el Mayor. Con hábitos pontificales se presentaba además el prelado o sacerdote que encarnaba a Santiago en una misa farcida que se contiene en el *Liber Sancti Jacobi*.

Las primicias de la iconografía jacobea en Compostela o en centros a ella vinculados tienen pues, por común denominador, su acento en la excelencia de Santiago entre los apóstoles, en cuanto fundamento del estatuto de privilegio que su Iglesia reivindicaba. Asociado a Cristo en su glorificación y a él asimilado incluso como su pariente próximo; con el libro que lo significa como autor de una epístola o bien revestido de hábitos episcopales, Santiago ofrece a su Sede argumentos en los que «estribar» —como dice la *Historia Compostelana*— sus aspiraciones. Pero frente a las suspicacias romanas que apunta la citada crónica, todo parece hacerse desde la comunión apostólica. Los doce apóstoles decoraban el remate del *ciborium* que Gelmírez construyó y los doce figuraban, con Cristo, en el frontal de plata donado por el mismo arzobispo. Sobre el altar ardía una lámpara con siete mecheros —los dones del Espíritu Santo— y las efigies de los doce, en una perpetua Pentecostés de fuego real. El retablo con el que se dotó al altar en 1135 incluía igualmente al colegio apostólico, que, ya en piedra, se reiteraba además, en dos series, en la fachada de las Platerías, en sus columnas y en su friso. Compostela reivindicaba la apostolicidad de su Sede, pero también la de la Iglesia toda, en la línea marcada por la reforma gregoriana. El ideal del retorno a la «primitiva Ecclesiae forma» tomaba cuerpo en esta excepcional profusión de apóstolos.

El Pórtico de la Gloria insiste en similares perfiles para Santiago, aunque con una visión de mayor rigor histórico, «arqueológica», cabría incluso decir. Se depura allí parcialmente su figura de atributos prestados por sus homónimos —el libro, propio de los *auctores*, se sustituye por la cartela, por la *voz* del predicador— y tanto en el parteluz como en el machón del lado derecho, viste Santiago la intemporal indumentaria «de época» propia de los apóstoles, cediendo a san Pedro la exclusiva de las vestiduras litúrgicas. Pero su privilegiada asociación a Pedro, Juan y Pablo es todavía una deuda pendiente con su tocayo el Menor. Este impresionante grupo columnario evoca, sin duda, el encuentro de Pablo con Pedro, Juan y Santiago, obispo de Jerusalén, «que eran considerados como *columnas*» (*Gal. 2, 9*).

En el parteluz del Pórtico, Santiago se presenta acogiendo a sus fieles, como su mediador ante Cristo. La silla curul en la que se sienta, flanqueada por dos leones, recuerda el Trono de Salomón, frecuentemente evocado en el mobiliario regio y eclesiástico de la época. Pero la inspiración vino sin duda de Roma, donde los tronos papales se decoraron con parejas de leones desde, por lo menos, el pon-

Catedral de Santiago, Pórtico de la Gloria. El Cristo Pantocrátor entre los ángeles que llevan los instrumentos de la Pasión.



Catedral de Santiago, Pórtico de la Gloria. Los Apóstoles, representados a la derecha del portal principal, son, con los Profetas, colocados a la izquierda, los fundamentos sobre los que Cristo ha construido su iglesia. De izquierda a derecha: San Pedro, San Pablo, Santiago y San Juan.

tificado de Gregorio VII. La cátedra de Santa María in Cosmedin, realizada para un pontífice tan vinculado a Santiago como Calixto II, es el más antiguo testimonio intacto que se conserva de este tipo, imitado luego en tronos episcopales.

Santiago se nos muestra, pues, *more romano*, en su cátedra episcopal, literalmente, en su «sede apostólica», y con la vieja reivindicación de este título parece tener que ver también el báculo en *tau* que porta. No ha de llevarnos tal atributo a confundir su imagen con la del Santiago Peregrino, extraña en sus orígenes a la Iglesia compostelana, que fue incluso reticente a su adopción por las razones mismas que justifican la fórmula iconográfica que nos ocupa. De acuerdo con las palabras — «*Misit me*

Dominus» — que apenas se leen ya en su cartela, Santiago adapta allí su imagen a las prescripciones que Cristo estableció para la misión apostólica: «Les ordenó que nada tomasen para el camino, fuera de un bastón: ni pan, ni alforja ni dinero en la faja; sino: “Calzados con sandalias y no vistáis dos túnicas”» (Mc. 6, 8-9). Muy diverso es, pues, el sentido del Santiago Peregrino, abastecido de equipajes que el propio Evangelio da por superfluos: un Santiago que es hechura de sus caminos, como luego comprobaremos. Las peregrinaciones que el báculo en *tau* evoca son las emprendidas por el propio Apóstol en su misión evangelizadora. En el machón del lado derecho del Pórtico, se nos precisa el sentido de dicho atributo al presentarse éste decorado con un paño entrelazado, sin duda el *pannissellus* que



alamanca, Archivo de la
catedral. Sello de Don
Berenguel de Landoria,
arzobispo de Santiago,
1324 (a la izquierda).

París, Archives
Nationales. Sello de Don
Berenguel de Landoria,
arzobispo de Santiago,
1317 (a la derecha).

París, Archives
Nationales. Sello de
Saint-Jacques de Provins.
Cristo manda a Santiago
predicar a España
(abajo).

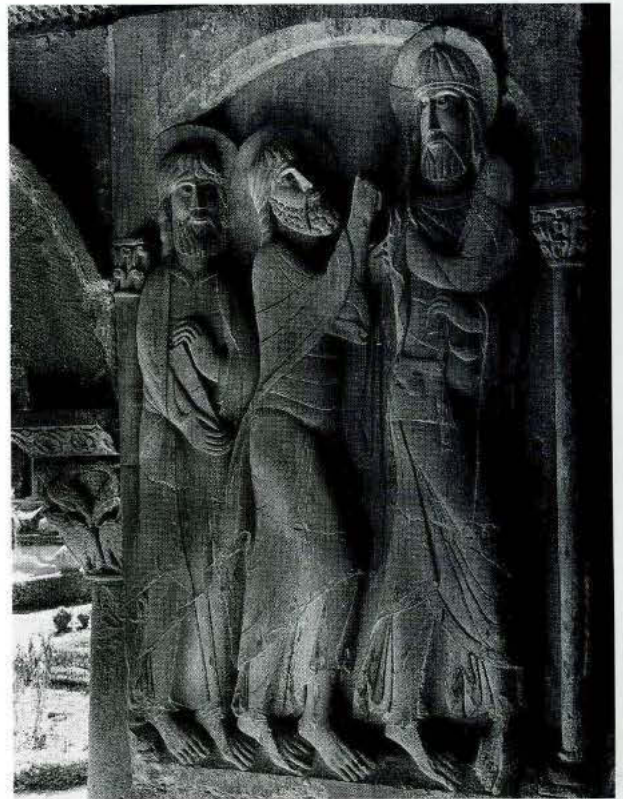
Santo Domingo de Silos.
El Cristo peregrino.

guarnecía los báculos episcopales de la época. Como tal báculo, episcopal y apostólico a la vez, ha de interpretarse, con lo que las dos efigies del Apóstol que el Pórtico nos brinda vienen a insistir en la excelencia de su condición prelaical, celebrada en el *Liber Sancti Jacobi*.

No ha de ser casualidad que de esta época date la columna de bronce que sirve de estuche-relicario al bordón de Santiago, y que por las fechas en que aquélla se labró adoptaran también los arzobispos compostelanos el báculo en *tau* como insignia distintiva. Así lo certifican las improntas de sendos sellos del arzobispo D. Pedro Suárez de Deza, fechadas en 1174 y 1205. Si en la primera todavía lleva el prelado un báculo rematado en voluta, en la segunda aparece ya con un bastón similar al del Apóstol. Fue precisamente entre las referidas datas y por iniciativa de dicho prelado cuando se labró el Pórtico de la Gloria.

Así pues, la arquetípica imagen episcopal que allí se nos da de Santiago, sedente en su cátedra y con el bastón en *tau* guarnecido con el *pannisellus*, tiene su correlato en la dignidad apostólica que el mismo atributo confiere a los prelados de su Iglesia. El ritual de la *traditio baculi*, propio de las consagraciones episcopales, se hace así remontar al mismo Apóstol, como nos muestra un sello del arzobispo D. Berenguel de Landoria, fechado en 1324. El prelado recibe allí su báculo —rematado en *tau*, por supuesto— de manos del propio Santiago, cuya efigie *in cathedra* evoca tanto la del parteluz del Pórtico de la Gloria como la que preside el altar mayor de la basílica.

Tal imagen ha de ponerse a su vez en relación con las ya comentadas, que muestran a Santiago recibiendo el bastón, símbolo de su misión y ministerio, de manos del propio Cristo. Si ya hemos visto que la Iglesia compostelana rechazó como apócrifa la leyenda de la llegada del Apóstol en carne mortal sobre el «pedrón» flotante, reflejada en el sello de Provins, nada tendría en cambio que objetar al testimonio primordial de una *traditio baculi* inaugurada por el mismo Cristo. Más que su desafío a las leyes de la naturaleza, lo que hacía sospechosa a la leyenda del «pedrón» era su potencial implicación de que con Santiago hubiera venido también de Jafa su *sede*, otra piedra distinta de la que Pedro representaba como fundamento universal de la Iglesia.



Santiago y Cristo Peregrinos

Una interpretación tan anacrónica como simbólicamente oportuna de las palabras de Cleofás en el camino de Emaús: «*Tu solus peregrinus es in Ierusalem*» (Lc. 24, 18), hizo de Cristo «el primero de los peregrinos», según lo califica el *Liber Sancti Jacobi*. Como es sabido, en el referido pasaje «peregrinus» no significaba otra cosa que «extranjero». Fue el desplazamiento creciente de multitudes lejos de sus patrias, por los caminos que conducían a los santuarios mayores de la Cristiandad, el que acabó por arrastrar también el término a su actual y específica acepción. La fuerza de los acontecimientos se hizo exégesis, pero no sin la contribución de un escueto apunte del evangelista Marcos, quien refiere que Cristo se presentó a sus discípulos «*in alia effigie*» (Mc. 16, 12), preciosa indicación a la vez para la reelaboración del episodio en el drama litúrgico.

Cristo fue pues, en efigie, el primer peregrino. La iconografía se hizo pronto eco de las indicaciones que como tal lo presentaban, desde finales del siglo xi, en las rúbricas para la puesta en escena del episodio de Emaús. Más o menos coetáneos a los testimonios de la investidura litúrgica de los peregrinos, sobre el modelo de los cruzados que se dirigían a Jerusalén, y al mismo marco cronológico nos



Catedral de Santiago.
Tímpano con Santiago
que se aparece a caballo
en la batalla de Clavijo.

lleva el testimonio de Orderic Vital —aducido por J. Sumption—, quien decía recordar tiempos en los que sólo las caras sin afeitar diferenciaban a los peregrinos de los demás viajeros. Nacido hacia 1075, Orderic, escribía en torno a 1135, cuando ya la liturgia, el drama y el arte habían logrado definir e imponer una imagen que la realidad sólo ofrecía confusamente esbozada.

De por entonces data el mayor homenaje que Santiago conocería en la historia de su culto: la caracterización del propio Cristo como peregrino jacobita, con su escarcela guarnecida de veneras, en uno de los relieves del claustro de Silos. Su localización en una clausura monacal contrasta con la experiencia itinerante que tal imagen evoca, que se diría trascendida en mística *peregrinatio cum Christo*, en modelo de itinerario espiritual. Pero aunque la peregrinación física estuviera entonces prohibida o desaconsejada para los monjes, no era tema ajeno a sus deberes. La *Regla* de san Benito exhorta a recibir a los huéspedes en los monasterios «como al mismo Cristo en persona», palabras que la guía del *Liber Sancti Jacobi* aplica en especial a la caridad para con los peregrinos a Compostela: «Pues quienquiera que los recibe y diligentemente los hospede, no sólo tendrá como huésped a Santiago, sino también al Señor, según sus mismas palabras, al decir en el Evangelio: *El que os reciba a vosotros me recibe a mí.*»

No sólo pues Cristo, sino también Santiago podía presentarse *«in alia effigie»* —«con una apariencia distinta»— en los caminos, y de ello dan testimonio algunos de sus milagros. De aquí surgiría el singular fenómeno hagiográfico de un santo que acaba por adoptar el hábito y costumbres de sus devotos; que con ellos peregrina, invisible, para manifestarse con su auxilio en los peligrosos trances del viaje. En la iglesia de Santa Marta de Tera se lo representó por vez primera como tal peregrino, por los mismos años en que se labraría el relieve de Silos. Es la suya allí una vigorosa, ruda estampa de caminante, que a los atributos del bordón y la escarcela con venera añade la insinuación de movimiento en sus piernas y un gesto de despedida.

Hacia 1180, reaparece Santiago en la Cámara Santa de la Catedral de Oviedo, con escarcela, cartela y un bordón rematado en cruz, con el que hostiga a una serpiente situada a sus pies. La imagen del peregrino se combina así con la del evangelizador que hincó la Cruz en tierra pagana. A su lado se encuentra Juan, con el libro de sus revelaciones y el águila inspiradora a sus pies. El *Liber Sancti Jacobi* presenta a Santiago y a Juan como modelos, respectivamente, de la vida activa y de la contemplativa, al igual que lo fueron Marta y María. El escultor ovetense tuvo sin duda en cuenta este texto al elaborar los contrastados perfiles de los dos hermanos.

Pese a que ya el *Liber Sancti Jacobi* insinúa la asimilación del Apóstol a sus peregrinos y llega incluso a calificarlo de «*peregrinus notissimus*», el Santiago Peregrino surgió, fiel a su advocación, lejos de su santuario y fuera incluso de la principal ruta de su peregrinación, el Camino Francés. Compostela conocería este nuevo tipo iconográfico a través de ofrendas de peregrinos —sus verdaderos creadores— y sólo con la presencia en su Sede de un prelado francés, D. Berenguel de Landoria, empezaría a imponerse en Galicia esta imagen doblemente peregrina. Hasta entonces —y aún después—, abundará la fórmula híbrida que añade la venera o la escarcela al tipo apostólico y prelaical definido en el Pórtico de la Gloria. Entre las primicias de esta contaminación tipológica destaca la que nos ofrece el retablo de San Esteban de Ribas de Sil. Cristo, que porta la cruz triunfal de su Resurrección, bendice allí a sus discípulos, prestos a partir a sus respectivas tierras de misión. Seis de ellos, aparte de Santiago, se apoyan en bastones de viaje, por lo que aquél ha de significarse con las veneras que simbolizan su destino.

Santiago Caballero

Quizá sea éste el avatar de la figura de Santiago más explotado por la investigación histórica relativa a los orígenes de su culto y no han faltado autores que vieran en él la clave última del fenómeno jacobeo, como reencarnación de un mito ancestral. Pero más bien nos las tenemos que ver con un mito académico, forjado a la medida de una imaginativa teoría, servida por una erudición no menos caprichosa. Que a un santo se le invoque como patrono en la tierra que se cree por él evangelizada y se precia de contar con sus reliquias, nada tiene de excepcional. Que se reclame su ayuda frente a enemigos, espirituales o temporales, y que a su intercesión se atribuyan las victorias obtenidas sobre ellos, tampoco representa un papel singular para Santiago en la historia del culto de los santos. Ni siquiera en su intervención activa en las batallas fue Santiago excepción ni aun pionero. No parece, en todo caso, que la invención de su sepulcro tuviera algo que ver con tal menester.

Casi doscientos cincuenta años separan este acontecimiento de la primera aparición del Apóstol con ocasión de un hecho militar: la toma de Coimbra por Fernando I, en 1064. Los relatos que de ella nos ofrecen la llamada *Historia Silense* y el *Liber Sancti Jacobi* son posteriores en más de medio siglo y difícilmente podrían remontar a una fuente inmediata a los hechos. Los anales portugueses re-



gistran sobriamente la conquista de la ciudad el 9 de julio, víspera de san Cristóbal, de acuerdo con el calendario hispánico por entonces vigente. Con la introducción del rito romano en 1080, san Cristóbal se desplazó al 25 del mismo mes, viniendo así a coincidir con la nueva data atribuida a la fiesta mayor de Santiago. Hubo de ser este providencial encuadre litúrgico el que propició o refrendó la interpretación milagrosa del acontecimiento. En efecto, la propia *Historia Silense* señala que Fernando entró en Coimbra en domingo, y en tal día cayó el 25 de julio de 1064. Más explícito, el *Liber Sancti Jacobi* enmarca el acontecimiento en «una fiesta de especial solemnidad del preciosísimo Santiago».

El milagro de Coimbra ha de ser, pues, posterior a 1080 y quizá lo bastante posterior como para que la implantación del nuevo calendario hubiera hecho olvidar el antiguo. El *Silense* escribe ya en la tercera década del siglo XII y no ha de ser casualidad que la primicia que nos ofrece de Santiago como *Miles Christi*, venga precedida en su crónica por una implacable diatriba contra las leyendas que atribuían a Carlomagno la reconquista de buena parte de España. A la fabulación, propagada por la *Historia Turpini*, de un Apóstol que tiene que recurrir a un monarca extranjero para ver liberado su sepulcro y el camino que a él conduce, el *Silense* contrapone la realidad histórica de la resistencia asturiana y de la reconquista castellano-leonesa, llevadas a cabo con la sola ayuda de Dios y del propio Santiago. Anticipándose a Bernardo del Carpio, Coimbra podría ser, al menos en el *Silense*, la primera respuesta castiza a Roncesvalles.

A un extranjero se confía, por cierto, el testimonio del milagro: a un simple peregrino venido de

Fragmento del sitial del Coro Pétreo. Granito policromado. Inicios del siglo XIII. Museo de la Catedral de Santiago de Compostela.



Santa María de Tera, iglesia próxima al Camino. La representación más antigua de Santiago peregrino, que se remonta al siglo XII y que actualmente ha sido colocada en el lado izquierdo del portal meridional.

Jerusalén, en el Silense, y a un obispo griego, llamado Esteban, en el *Liber*. Como «*quidam Greculus*» se describe igualmente al anónimo peregrino, pero tal término tenía también la acepción de «disputador» o «quisquilloso», rasgos que convenían a la función de abogado del diablo que se le encomienda en el relato. Orando en el pórtico de la iglesia de Santiago, se sorprende el peregrino al oír a los campesinos invocar al Apóstol como «buen caballero»; en la versión del *Liber*, incluso los reprende por ello. Por la noche se le aparece Santiago, resplandeciente y con unas llaves en la mano, y es él quien reprocha al peregrino su incredulidad acerca de su condición militar. Como prueba de ésta, el Apóstol le anuncia que a la mañana siguiente, a la hora de tercia, entraría en Coimbra el rey Fernando con su auxilio, y así sucedió.

Que el testigo del milagro sea un griego o un peregrino venido de Tierra Santa es indicio más que elocuente para entender el sentido y posible génesis del relato. Los santos militares eran, por entonces, algo casi exclusivo de la Iglesia Oriental, por lo que nadie mejor que un griego —y más, un prelado— para certificar del acceso de Santiago a tal orden. Por otro lado, fue en Tierra Santa, durante la primera cruzada, donde la caballería del Occidente tuvo ocasión de entrar en contacto directo

con la celeste milicia oriental. En el sitio de Antioquía, en 1098, los cruzados se vieron asistidos por los santos Jorge, Mercurio y Demetrio, «montados en caballos blancos y con armas brillantes como Fecho», tal como Santiago se presenta en el relato del *Liber* «ceñido con armas militares que excedían en esplendor a los rayos de Titán».

A título de hipótesis, cabe preguntarse si, además del peregrino u obispo que sirvió de testigo al milagro, no vendría también de Grecia y de Tierra Santa su misma inspiración o, al menos, su planteamiento y adobo literarios. La cronología no se opone a ello. San Jorge tuvo temprana representación en el pórtico de San Isidoro de León, que sin duda conocía el Silense. Como ha señalado J. Williams, su imagen evoca allí la de un cruzado, con un enemigo abatido a sus pies, en lugar del habitual dragón o serpiente. El mismo autor relaciona la efigie del santo con el matrimonio de la reina Urraca con Alfonso I de Aragón, que tuvo lugar en 1110.

La versión que da el Silense de la intervención de Santiago en Coimbra no va, sin embargo, tan lejos como los relatos de las apariciones de san Jorge en Tierra Santa. Antes de proceder a la narración del milagro, nos resume el cronista lo que realmente ocurrió:





Jacopino di Francesco,
*San Giacomo miles
 Christi*. Bolonia,
 San Giacomo.

«Lucha, pues, el rey Fernando en Coimbra con la espada material, mientras Santiago, caballero de Cristo, no deja de interceder ante el Maestro para que alcance la victoria.»

Santiago no hace pues otra cosa que lo que se le pedía y reconocía desde los tiempos, por lo menos, de Alfonso III. El milagro o, más bien, milagrosa visión tiene por destinatario a un incrédulo —alguien que no conoce a Santiago—, y tal visión revisita además un carácter simbólico: revela y explica, por medio de la yuxtaposición de figuras —el caballo y las llaves— la virtud intercesora del Apóstol en los trances bélicos de sus fieles.

La versión del *Liber* da un paso más al revestir a Santiago con armas —por lo menos, defensivas— y emplazar su figura a la cabeza de la hueste cristiana, aunque sea todavía en un plano simbólico. Como portaestandarte de sus milicias hará ya, en fin, su aparición pública el Apóstol, en batalla campal, en Clavijo. El documento en el que se forjó esta batalla, supuestamente librada por Ramiro I en el 844, es de mediados del siglo XII y abunda en la ya probada permeabilidad de la figura militar de Santiago a las sugerencias de otros arquetipos del *Miles Christi*. A la reacción frente al mito carolingio —reforzada con el adelanto de la epifanía bélica del Apóstol a tiempos cercanos a la invención de su sepulcro— y

Santiago de Compostela,
 Museo de la Catedral.
 Santiago apóstol,
 escultura de piedra
 policromada, mitades
 del siglo XIII.

al posible eco de los santos militares bizantinos, se añade ahora el modelo constantiniano. En efecto, en la aparición nocturna de Santiago a un monarca en apuros, prometiéndole el triunfo para el día siguiente, resuena el eco de la leyenda del primer emperador cristiano y más cuando a la victoria sigue una *donatio*, paralela en cierto modo a la de Constantino: un censo anual a pagar a la Iglesia de Santiago, por todos cuantos vivieran del fruto de la tierra encomendada a la protección del Apóstol.

Es por cierto la cruz —el *signum* también de Constantino— lo que lleva Santiago por estandarte en el *Tumbo menor de Castilla*, de hacia 1236. La estampa ecuestre que allí se da del Apóstol tiene paralelos en improntas de Alfonso IX, fechadas en 1226 y 1228, pero de matriz sin duda muy anterior. Así lo sugiere su semejanza con los jinetes apocalípticos del *Beato* de Manchester, de hacia 1180.

Sellos y banderas parecen haber sido los vehículos privilegiados de la nueva imagen del Apóstol. Tal función, primordialmente heráldica, sugiere que en ella primaba su componente simbólico y genérico por encima de cualquier referencia a un acontecimiento concreto. Tal era el prisma bajo el que Santiago Caballero se presentaba en el *Liber Sancti Jacobi*. La huella heráldica se percibe incluso en la más antigua versión monumental del tema, en el llamado «tímpano de Clavijo», procedente del claustro de D. Juan Arias, en la catedral de Santiago. La alusión histórica, representada por las doncellas liberadas del infame tributo, adopta allí una intemporal fórmula de *ex-voto*; el coro se impone a la peripecia del relato. No menos indicativa es la asociación del Santiago ecuestre a san Cristóbal —evocadora del marco litúrgico de la toma de Coimbra— en el frontal de Adrados (Museo Catedralicio y Diocesano de León).

Hay que esperar a bien entrado el siglo XIV para encontrar escenas propiamente narrativas de la intervención militar del Apóstol, como las que nos ofrecen el relieve de Santiago do Cacém, en Portugal, y un fresco del refectorio de S. Giacomo de Bolonia. Paradójicamente, Compostela sólo aporta por entonces la mediocre ilustración que encabeza el *Tumbo B*, en la que se ha querido ver el primer ejemplo de Santiago Matamoros. Pero los enemigos que allí combate el Apóstol han de ser más bien los cabecillas de la revuelta comunal contra el arzobispo D. Berenguel, según se desprende de la lectura de su crónica. Santiago Caballero conocería, en fin, su otoño plenitud en el siglo XV, con el nuevo impulso de la reconquista castellana y la amenaza turca en el Este de Europa. Una segunda juventud le esperaba luego al otro lado del Atlántico.